

mente; artículos y cambios de excepción, no deben servir para generalizar relaciones mercantiles, ni para extender á todo el continente lo que ocurre en el menor número de sus Estados; el comercio recíproco de nuestros pueblos se desnvolverá pesadamente, sin el contacto del mercado productor con el manufacturero; ese es precisamente el intercambio con sus formas propias y acentuadas entre el viejo y el nuevo mundo; nace y vive del complemento de la riqueza productora con la fuerza fabril; y todo lo que tienda á ligar mercados similares en la producción, será estéril, cuando no pernicioso; estas consideraciones que son tan rudimentarias en la economía política, que casi podría haberme eximido de enunciarlas, por su misma vulgaridad, nos demuestran con evidencia, que un pacto continental sería innecesario cuando menos, á la mayoría de los países Hispanoamericanos; asegurar el libre cambio entre mercados que no se cambian nada, sería lujo de utopía y ejemplo de esterilidad; yo estoy muy lejos de combatir el libre cambio, resisto solo las declaraciones suntuosas que serían tan desfavorables como improficuas al comercio de América.

La estadística comercial nos prueba que todo el cambio intercontinental se produce de acuerdo con este factor: el mercado manufacturero del Norte; ¿pero habrá llegado ese comercio al grado de desarrollo que tiene derecho á esperar? ¿Satisface las aspiraciones del continente, en cuanto se quiere ver elaborada y transformada la riqueza dentro de las propias fronteras? Los números contestan negativamente.

Las Naciones de la América Latina representadas en esta Conferencia, consumen por valor de \$ 560,000,000 pero los Estados Unidos no alimentan esas importaciones sino en 52,000,000—no alcanza á un diez (10) por ciento de lo que compramos á la Europa; la relación

que guardan estas cifras con el comercio de los Estados Unidos revelan la indigencia de los cambios con mayor claridad; sobre sus exportaciones que alcanzan á \$ 740,000,000: la América Latina les compra sólo \$ 52,000,000 es decir, un 7 por ciento de todo lo que exportan.

Veamos ahora lo que nos compran los Estados Unidos; sobre nuestras exportaciones que suman 600 millones, los Estados Unidos nos toman 120 millones comprendido lo que recibe de Haití, pero excluyendo el resto de las Antillas; comprando 120 millones y no vendiendo sino 52, resulta una diferencia de 68 millones que, á estar á la balanza comercial que mira toda importación como una pérdida y toda exportación como ganancia, los Estados Unidos tendrían razón para mirar estos guarismos como desfavorables; debo sin embargo, establecer que con la República Argentina, los términos del problema resultan invertidos; nosotros compramos á los Estados Unidos el doble de lo que nos reciben; pero siendo limitado nuestro comercio, el saldo resulta siempre favorable á la América Latina, saldo, que los Estados Unidos tienen que pagar en numerario y que es natural, justo y legítimo que aspiren á satisfacerlo con productos; los Estados Unidos elaboran los artículos que compramos á la Europa, desde el mobiliario hasta el vestido, desde la maquinaria que puede labrar nuestros campos hasta el alambre que los cerca y hasta los rieles que en día no lejano aproximarán las tres Américas, todo se encuentra y se produce en este centro prodigioso de la industria humana, todo existe y puede complementarse en nuestro suelo. ¿Porqué entonces las materias primas han de desviar su ruta hacia la Europa? ¿Qué razón hay para que vivan apagadas las corrientes de nuestro comercio, cuando el resto de la América produce lo mismo que

los Estados Unidos necesitan para trabajar y dominar con sus riquezas el comercio del mundo? Estas son las preguntas y este es el problema que viene preocupando á los pensadores y á los economistas; tres sistemas parecen indicarse y rechazarse al mismo tiempo; la verdad es que no se acierta con la dificultad, tal vez porque el correctivo sería demasiado enérgico ó porque se juzga más fácil corregir las instituciones ajenas que las propias.

Se ha hablado en la Comisión de tres temperamentos:

El «Zollverein»,

El Libre Cambio Intercontinental,

Los Tratados de Reciprocidad.

El primero de estos sistemas aduaneros, ha sido preconizado antes de ahora, por el ex-Senador del Estado de Illinois, el Hon. Stephen A. Douglass, quien dejó escrito en 1860, un plan de Confederación que nacía en el Ártico y terminaba en el Istmo, dilatándose por las Antillas; el pensamiento ha tomado formas amplias con la acción de los tiempos, y debo pensar que hoy comprende á todas las naciones de la América, desde que ha sido encargado de estudiarlo, un delegado que procede del confín meridional del continente.

El «Zollverein» se mira hoy como una institución inaceptable; él tiene su explicación científica en la agrupación de Estados homogéneos, como los que confederaron sus aduanas en 1819; y más tarde su política para constituir el imperio de Alemania; la extensión de aquella Liga se inició con fronteras razonables, el ensayo se comenzó por tres Estados, y las adhesiones vinieron natural y gradualmente sobre el éxito alcanzado y sobre las ventajas económicas que había demostrado la experiencia; pero aquel experimento regional y tímido en su origen ¿puede servirnos de ejemplo para convertir el continente en un solo territorio adua-

nero, y confundir diez y ocho nacionalidades en la percepción y distribución de sus rentas? Los pactos que recayeron en el auge de aquel «Zollverein», en 1841, comprendiendo un territorio de 200,000 millas y una colectividad de 23,000,000 de hombres, ¿pueden aplicarse con las seguridades del éxito á un continente, cuya extensión se mide en 12,000,000 de millas, pobladas por 115,000,000 de habitantes?

Yo encuentro que este pensamiento tiene todos los contornos de una aventura peligrosa, cuyos resultados escapan á la previsión humana; miradas las cosas económicamente, las naciones de la Liga entrarían bajo la incertidumbre de sus rentas y vivirían bajo la zozobra de su subsistencia; la distribución de los derechos aduaneros reposaría, como en el «Zollverein» que provocó la Prusia, sobre la población de los Estados; pero esto sería prescindir de los consumos de cada agrupación, que deben ser la base equitativa de la percepción; la importación de nuestros pueblos difiere esencialmente, respondiendo á sus costumbres, á su vida, y á sus progresos más ó menos avanzados, no quiero entrar en comparaciones disgustantes, ni me es indispensable individualizar mi observación; pero tomando una estadística anónima, puedo afirmar, que el consumo exterior de nuestros países llega en unos á \$45.99 por habitante y baja en otros hasta \$1.63; se comprende que con esta base de consumos y con estas desigualdades de renta, no nos sea dado pensar en un nivel igualitario para distribuirla en proporciones idénticas á todos y á cada uno de los habitantes de nuestro continente; en ese mismo «Zollverein» que se recuerda como un éxito feliz para la Confederación Germánica, los beneficios fueron problemáticos para algunos estados; La Prusia, por ejemplo, que concurría con tres cuartas partes á la formación de las rentas, no recibía de ellas sino

cinco undécimos, al paso que la Baviera cuyas rentas no alcanzaban á un franco por habitante en 1834, llegó bajo el «Zollverein» á dos francos cincuenta y tres, ó sea un aumento de ciento sesenta por ciento; las ventajas de un Estado no se conquistan bajo el «Zollverein» sino á costa de la renta de los demás Estados, y esta conclusión no puede ser aceptable para una Conferencia, que en estos momentos discute intereses económicos, sin prodigalidades ni exacciones; sería realmente difícil convencer al ciudadano del norte ó al del sud, de que la renta que paga á su gobierno y el impuesto que ha grabado sus necesidades, no era para tal gobierno ni para aquella nación que lo protege con su soberanía, sino para otro Estado que le es desconocido y cuyos habitantes consumiendo uno, deben nivelar sus rentas tomándola de aquellos que consumen cuarenta: las rentas serían transpuestas, los impuestos no pagarían servicios del Estado y las soberanías se sentirían confundidas en un verdadero socialismo; debo declarar que si he presentado este argumento con formas tan decididas y netas, es porque la nación que me cabe la honra de representar, no sería la más perjudicada al colocarse en ese lecho de Procusto; de otra manera lo habría economizado; se ha creído también que los Estados Unidos reportarían el mayor gravamen, pero esto es otro error que debo rectificar; el consumo exterior representa en esta nación \$11.64 por habitante y esto se explica por ser un país productor y fabril, que se provee á sí mismo en el mayor número de sus necesidades.

La prosperidad general de los Estados del «Zollverein» fué resultado de la moderación de las tarifas que alentaron el comercio y permitieron desarrollar sus industrias; los derechos aduaneros sufragaban en parte las necesidades de la vida interior de los Estados, pero

no entrañaban un sistema restrictivo; el máximo de los derechos se había fijado en 10 por ciento, las materias primas eran admitidas libres y todo lo que alentaba el desarrollo de la industria recibía considerables reducciones.

¿Sería sobre estas tarifas que nosotros acordáramos nuestra Unión?

Pero ellas impondrían reformas fundamentales en las naciones que sostienen el proteccionismo. ¿Cómo llegaríamos á un acuerdo entre las dos escuelas y las dos tendencias que se acentúan en conclusiones extremas? ¿Nuestras aduanas que gravan la importación en una forma moderada y en cuanto lo imponen las exigencias de la vida nacional, querrían someterse á los régimes proteccionistas que habrían de extenderse sobre todo nuestro continente? ¿O es el proteccionismo el que ha de ceder el paso á las facilidades del comercio y á la liberalidad de las tarifas?

Nuestros pueblos que viven de la exportación de sus riquezas naturales, que no han resuelto el problema de transformarse en fabriles, porque tiene mucho que discutir esa materia, estarían menos dispuestos á convertirse al proteccionismo, aceptando tarifas que pudieran exceder las necesidades de la renta, sin proteger á nadie y perjudicando á todos.

¿Modificarían las suyas los Estados Unidos?

Pudiera pensarse que sí, por cuanto nos han propuesto la discusión de esta materia; pero si hubieran estado dispuestos á aceptar la supresión de las aduanas entre los Estados del «Zollverein» y á una reforma arancelaria con las naciones no incluídas en la Liga, la última de estas conclusiones nos habría dado por sí sola el éxito que perseguimos; cuando se haya levantado la protección al productor de la materia prima, de modo que el fabricante trabaje con va-

lores idénticos á los que circulan en el resto del mundo, cuando la ley aduanera abarate los consumos accesorios de las manufacturas, éstas saldrán armadas para la concurrencia, habrán dominado el Continente, y la Europa les habrá cedido el puesto, sin guerra de derechos diferenciales, sin agresiones enojosas, sin confederaciones ni pactos aleatorios; el comercio no debemos buscarlo combatiendo los artículos de producción barata sino abaratando los de producción cara, para que ellos aumenten el consumo, poniéndose al alcance del mayor número y consultando el interés de la colectividad.

Mi distinguido amigo, el Hon. Gral. Henderson nos recordaba en uno de sus discursos animados, que los Estados Unidos construyen dos rieles por cada uno que produce Inglaterra, que sus ferrocarriles representan un 50 por ciento de los que recorren el mundo, que los hilos eléctricos envuelven 30 veces el globo terrestre, y sobre las conquistas alcanzadas en todas las manifestaciones del progreso humano, nos presentaba la Tesorería Nacional agobiada con el peso de excedentes suntuosos. Como hijo de este Continente, yo participo del orgullo que animaba la palabra del elocuente Delegado; pero en la economía de las naciones, los mismos excedentes de prosperidad, entrañan problemas que es menester solucionar, anticipándose al tiempo de las complicaciones; será una paradoja, se tomará tal vez á extravagancia cuando opine: que los Estados Unidos necesitan defenderse de su propia riqueza.

No creo que pueda hacerse más acabado elogio del poder productor de una nación, ni creo tampoco que otra alguna lo merezca en mayor grado que los Estados Unidos; un territorio de 3,500,000 millas cuadradas, cruzado por 160,000 de ferrocarriles, con 780,000 millas

de hilos telegráficos, dotado de riquezas que la naturaleza ha derramado con prodigalidad, con industrias que han duplicado sus provechos bajo la ley proteccionista, con la audacia y la facultad creadora que agita la mente de sus hijos, sabiendo responder á cada dificultad con un invento, y acumulando inventos que representan otros tantos ahorros sobre la riqueza, con estos elementos innúmeros y poderosos, los Estados Unidos se encaminan á un vértigo de producción, que ojalá logre contaminar la exportación ó la población consumidora, que obedece á leyes demográficas más reposadas; pero las industrias marcharán más ligero que las necesidades, y nuevos mercados exteriores han de ser indispensables para el equilibrio económico, antes quizá de que los hilos eléctricos envuelvan el planeta una vez más; la inmigración ha acompañado hasta ahora estos rápidos desenvolvimientos, pero ha contribuído también á darles mayor impulso, y hoy, se observa que la corriente inmigratoria no aumenta; en todos los casos, es más fácil llevar el artículo que traer el consumidor, y este es el problema que deseamos resolver con interés realmente americano.

Yo me siento impresionado por las múltiples riquezas de los Estados Unidos, pero la que menos me ha seducido entre ellas, es la que está representada por los excedentes de la renta; ese capital se ha segregado del movimiento industrial, lo han pagado los productos, perdiendo así sus facultades de cambio y su poder circulatario en el comercio del mundo; no sería imposible que la amplia recaudación, tuviera que retrovertir á la fuente industrial por el viejo conducto de los *drawbacks*.

Yo me complazco de que los Estados Unidos no busquen en el «Zollverein» la solución á que aspiramos y debo creer que no sustentan esta idea, toda vez que

el Hon. Gral. Henderson ha firmado el dictamen de la mayoría rechazando el pensamiento de la Liga; esto me acuerda entera libertad de acción para poderla combatir resueltamente, sin las contemplaciones que debiera guardarle, si viniera sostenida por nuestra amiga del norte.

El «Zollverein» no tendría el poder de acrecentar nuestros cambios; hasta este momento las industrias agrícolas dominan el campo de la riqueza nacional de los Estados Unidos, al paso las manufactureras representaban en el censo de 1880, un capital de 23 por ciento con relación á las primeras; ahora bien, las exportaciones agrícolas no se dirigirán nunca á Sud América porque nuestros países las producen y las exportan á su vez; son las manufacturas las que entrañan el porvenir de nuestros cambios, y es digno de observar como ellas se recogen y se retraen, tratando de no salvar la valla de las necesidades nacionales, sin duda porque temen por sus éxitos en los mercados de libre concurrencia; el «Zollverein» traería libres nuestras materias primas, pero no es este el único problema á resolver por las industrias; voy á permitirme recordar ligeramente lo que pasa con aquellas que tendrían más circulación en nuestros cambios; no tomaré las fabricaciones del fierro y del acero, porque ya logran entrar en nuestras plazas aunque con paso mesurado; debo tomar precisamente las que no nos llegan; son éstas las que deben preocuparnos para hacerlas llegar.

El algodón no puede ser más libre desde que nace como eflorescencia de este suelo y se produce en una proporción maravillosa; sobre 10,000,000 de balas que se cosechan en el mundo, los Estados Unidos producen 7,000,000 ó sean 3,080,000,000 de libras; habría derecho á esperar que el país fabril inundara á la Amé-

rica y al resto del orbe con el producto manufacturado. ¿Qué sucede entretanto? Que el mercado nacional elabora sólo 1,000,000,000 de libras, y exporta en bruto 2,384,000,000 que van á alimentar las fábricas del viejo mundo; vemos así que mientras la Gran Bretaña lleva al Brasil \$ 14,115,000, los Estados Unidos sólo introducen \$ 665,000, menos todavía que la Francia que vende 730,000; en Venezuela sobre la importación Americana de \$ 498,000, hay 2,636,000 del Reino Unido; en la República Argentina sobre medio millón americano, figuran 2,500,000 dollars, de Francia, y 8,000,000 de Inglaterra; en Méjico donde el producto tiene la ventaja de cambiarse entre países fronterizos, los Estados Unidos no llevan sino 1,000,000, por 2,500,000 dollars que introduce la Gran Bretaña y para que este fenómeno sea menos explicable aun, el Ministerio del Tesoro nos informa que la aduana de New York ha recibido en el 89, 27,000,000 de dollars en tejidos de algodón manufacturados en Europa.

Podría pensarse que este argumento es contrario á la libertad de la materia prima, cuyas ventajas he insinuado, pero voy á analizar ligeramente lo que ocurre con otra industria que trabaja con materias gravadas; las manufacturas de lana.

La exportación de estos tejidos no es de tomarse en cuenta; en 1889 llegó á \$ 350,000 sobre \$ 334,000 á que llegó en 1880, y según datos que he podido recoger de los libros del Tesoro, en 1880 la producción alcanzó á \$ 267,252,000; no sabemos el resultado que nos dará el nuevo censo, pero es indudable que la industria habrá seguido una progresión creciente; el producto, sin embargo, no sale á la competencia exterior y la Europa lo combate dentro de sus propias fronteras; ella introdujo en 1882, \$ 37,000,000, y en 1889, la aduana de New York ha recibido \$ 52,564,000 de tejidos de lana

manufacturados en Europa; al paso pues que la exportación de los Estados Unidos ha aumentado en ocho años sólo \$ 16,000, sobre los tejidos de lana, la importación europea á los Estados Unidos ha aumentado en \$ 15,000,000 según estadísticas que he tenido á la vista; se ve por lo tanto que si la materia libre da un resultado deficiente en la exportación de manufacturas de algodón, la materia gravada muestra cifras desconsoladoras, como las que se traducen en ventajas para las exportaciones de la Europa; si las invasiones fabriles del viejo mundo representaran deficiencias en la producción nacional, no podría aspirarse á exportar, porque la exportación no nace del déficit, sino del excedente, si el fenómeno respondiera á diferencias de costo de producción, como es mi opinión y mi convencimiento, las fabricaciones inglesas, francesas, alemanas y belgas seguirán visitando nuestras plazas, como continuarán compitiendo en los mismos mercados de los Estados Unidos, salvando con desenvoltura el arancel proteccionista; la preferencia que debemos y deseamos acordar, puede producirse sobre igualdad de costo y calidad, pero llevada sobre lo más caro, deja de ser preferencia para convertirse en sacrificio, y esta no es práctica de que abusa el comercio, por más que el artículo sea americano y el comprador también.

El productor de lana está protegido con un 45 por ciento que llega hasta el 60 contra los productores argentinos; el fabricante paga sin resistencia, porque lo cobra del consumidor y á su turno goza de una protección de un 25 por ciento sobre sus manufacturas; en tanto que los cambios se producen en el mercado doméstico, los valores guardan una relatividad proporcional y el consumidor lo paga todo; pero cuando el artículo salva las fronteras y tropieza con los similares que ha llevado la Europa, el fabricante

se encuentra con el 45 por ciento que ha pagado al productor y siente que no lo acompaña el 25 por ciento que protegía su fábrica; la competencia entonces se vuelve imposible, bajo la nostalgia de las tarifas nacionales y la firme resistencia de los consumidores extranjeros.

La obstrucción de nuestros cambios tenemos que encontrarla en esa doble protección que ha encarecido los productos, elevando los salarios, y en los fuertes derechos á las materias primas, como á las accesorias á la fabricación, el medio ambiente en que vive el fabricante, con jornales que representan un aumento de un 50 por ciento sobre los europeos, sin aumentar la facultad de comprar en beneficio del jornal, es una fuente fecunda de recargos y debemos reputarla considerable, cuando se hace sentir en forma tan elocuente, al través de los perfeccionamientos mecánicos que vienen desalojando la herramienta humana, hasta reducir á un 10 por ciento el trabajo del hombre con relación al de las máquinas.

Supóngase ahora que por efecto del «Zollverein» los fabricantes de los Estados Unidos trabajaran con nuestras materias libres, pero dejando subsistentes sus tarifas contra la Europa. ¿La desalojarían de nuestros mercados, persistiendo nosotros en un máximo de un 10 por ciento, llevándolo á un 15, á un 20, á un 25 si se quiere contra la Europa?

Los Estados Unidos estarían siempre perjudicados en la concurrencia, por los derechos proteccionistas, sostenidos contra el otro continente; la escala de los valores habría descendido un tanto en el precio del artículo y al entrar libre á nuestra plazas aventajaría á la Europa en el 15 ó 20 por ciento que ésta tendría que pagarnos, pero ¿cómo no lo pagarían la Francia y la Inglaterra, cuando penetran aquí mismo sopor